

Mi teniente favorito

SARA SUÁREZ SOLÍS



Entre los telefilmes policíacos, los de Colombo son mis preferidos. He ido viendo envejecer a Peter Falk, el actor que encarna al sagaz teniente de policía, al mismo compás que hemos envejecido sus espectadores. (Por cierto, ¡qué extraño desasosiego contemplar un día a una actriz jovencísima en una película de los años 30 y verla, dos días después, anciana, en otra película actual: Katherine Hepburn, Bette Davis, Mirna Loy...! Las nieves de antaño, ¿dónde están?, se preguntaba el poeta). Pero no voy a escribir hoy sobre el sigiloso paso del tiempo, sino sobre los telefilmes de Colombo.

Llevo años preguntándome a mí misma por qué me gustan tanto que hasta soy capaz de verlos por segunda vez, aunque me parezca una pérdida de tiempo; incluso me paro si, al zapear, me topo con mi teniente favorito en alguna cadena extranjera, y entonces comparo su voz original, o doblada a otro idioma, con la que nos sirven en español.

A veces tardamos mucho en caer en la cuenta de por qué algo nos atrae o nos repele. Creemos que es sólo porque sí, sin más. Pero, aunque yo intuía un motivo oculto para atarme al asiento, olvidar todo lo que tenga entre manos, trasnochar y prestar una atención embebida y absorbente (¡qué fastidio que suene el teléfono!) cada vez que me programan a Colombo, nunca me apeteció pararme a discurrir sobre la causa de tan tenaz afición: me gusta y basta, pensaba.

Pero una noche de este verano, de golpe, supe por qué. No es sólo porque me caiga simpático el teniente pequeñito y preguntón, con su gabardina arrugada, su ojo de cristal, su invisible señora Colombo, su coche decrepito y su roñosa libretita de apuntes. No, no es eso; sus fans ya le conocemos toda esa guarnición y, además, nos sabemos de memoria sus tranquilos: Colombo llegará al lugar del crimen (normalmente un asesinato) de improviso, inoportuno, dando la lata, estorbando con sus preguntas tontas y su despiste; ¡qué poli tan patoso! Encima, sus procedimientos

son siempre los mismos: se asombra de pequeñeces, se fija en menudencias, olfatea aquí y allá, mordisquea el cigarro, se deja convencer por el criminal (casi siempre un tipo jactancioso, frío y despectivo, aunque con variantes), se rasca la cabeza y... ¡no entiende nada! Se va, pero vuelve —vuelve siempre, lo sabemos—; se deja convencer otra vez, pide perdón al asesino por causarle tantas molestias y emprende, de nuevo, la marcha; pero, a los dos pasos, se da la vuelta y le pega un susto mortal. Y sabemos que otra vez se marchará, y que otra vez volverá, y que así irá estrechando el cerco en torno al culpable acorrallado, hasta que se derrumbe o lo derrumbe.

Es decir, que son telefilmes sin sorpresas, de piñón fijo, llenos de tics y salpicados siempre de las mismas ingenuas gracias. Entonces, me pregunto, ¿por qué me gustan tanto...? Y me pregunto también: ¿gustan a todo el mundo...? En España, evidentemente, no; porque suelen programarlos de madrugada y nunca figuran en la lista de preferidos.

Sin embargo, somos bastantes los que nos contamos entre sus incondicionales adictos. Sé de más personas que dejan todo lo que estén haciendo para correr a ver a Colombo. Es un programa que dura desde hace muchos años y sale en todos los idiomas. Algo tendrá el agua cuando la bendicen.

Pues sí, porque, como he dicho antes, de repente una noche caí en la cuenta: nos gusta a quienes nos fascina seguir el proceso de una inteligencia en acción. Colombo despliega una «búsqueda heurística» (recomiendo al lector no especializado un libro exquisito: «Teoría de la inteligencia creadora» de José Antonio Marina, donde hallará precisas y preciosas notas sobre este tema) en la que funcionan no sólo la observación, la deducción y la lógica, sino también todo lo que se engloba en eso que llamamos intuición, corazonada, olfato, ojo clínico o sexto sentido. Porque la progresiva elaboración mental de un cerebro que titubea, deduce, excluye, incluye y, finalmente, concluye y demuestra, es

un espectáculo embriagador. No hay nada más hechicero que el discurrir de una inteligencia humana. Quienes amamos la enseñanza lo sabemos bien, y por eso sospecho que Colombo suele gustar a los docentes. Contemplar cómo un alumno espabilado se esfuerza en reflexionar, entre dudas y tanteos, seleccionando unos datos, eliminando otros, comparando y deduciendo, hasta que —¡al fin!— logra resolver, triunfante, el problema, la traducción, el análisis, o lo que sea, es, para el profesor que sigue sus esfuerzos, un placer inigualable.

Por eso prefiero las obras policíacas donde los lectores, o espectadores, conocemos previamente unos hechos que el investigador ignora, así que tendrá que averiguarlos contando con muchos menos datos que nosotros (ésta, dicen, es la labor del genio); nos sentimos, entonces, como el profesor que conoce la solución del problema y contempla los forcejeos del alumno —en este caso Colombo— para llegar a saber lo que nosotros ya sabemos.

Claro que siempre el estudioso y concienzudo poli nos añade conocimientos que sólo sospechábamos: averigua datos sobre venenos, armas, técnicas o ciencias que pudieran habérsenos escapado. Los aprenderemos al verlo actuar; así, atamos cabos al mismo tiempo que él y colaboramos en completar el puzzle.

Otras series policíacas parten del extremo contrario: sólo sabemos que ha habido un asesinato (o dos, o diez) y que el asesino —así se mantiene la intriga— será el menos sospechoso. Tenemos que discurrir, sí; pero el autor, o el guionista, nos hurta datos hasta el final para reservarse el factor sorpresa, juega con nosotros y, a veces, si la obra no está bien pensada y bien construida, resulta tramposa y nos deja chasqueados.

En los telefilmes de Colombo pocas veces hay chasco: conocemos la solución y sabemos que Colombo la hallará. Todo está previsto. Su poder de atracción es puramente intelectual: consiste sólo en observar el funcionamiento de la más perfecta máquina de la creación: una inteligencia humana.

Entre paréntesis

Cataluña

LUIS MEANA

Cuando no es la reinserción es la Diada, pero todos los días hay algo cuya mera mención es ya un agravio, más que comparativo incomparable, que se le hace al santo nombre de una nación-nacionalismo de España, por la sencilla razón de que los nacionalistas son los últimos picajosos que quedan y llevan muy mal las alusiones lesivas a su santa causa. En todo este lío pujolista en el que las urgencias del general Márquez nos van metiendo crecientemente a todos, lo autonómico es ya un follón de maridos cornudos, esposas infieles y sentimentalidades envenenadas: como en cualquier divorcio, aquí ya está todo el mundo midiendo, con regla métrica, quién miró a quién primero, quién enseñó el primer «wonderbra» y quién fue el infiel. No cabe más que sorprenderse ante toda esa sentimentalidad putrefacta que va creciendo como un cáncer al que ya le han salido las peores metástasis, aunque aún no todas. Dos comunidades viven amenazándose, latente pero constantemente, con el divorcio, precisamente porque la chica de la familia de menos blasones —Cataluña— está cada vez más enfadada con su chico de los grandes blasones —España— porque ella aspira a recuperar, con este matrimonio, todos aquellos candelabros que, según ella, se le han ido arrebatando, durante años/siglos, a sus familiares. La pelea tiene todos los ingredientes filosóficos de las luchas religiosas entre

catolicos y anticlericales que desangraron ya una vez España. Sentimentalidades aparte, un hecho políticamente objetivo crea aquí el problema: que los nacionalistas basan su visión del Estado más en la desigualdad que en la igualdad de las autonomías. Todas son iguales, pero unas más que otras por ser históricas (?). Sobre esa base de desigualdad no funciona nada: a nadie le gusta ser un ciudadano de segunda y esa desigualdad produce resentimientos que, a la larga, lo envenenan todo. Los federalismos, para funcionar, tienen que basarse en una igualdad casi simétrica: Baviera no puede ser nada cualitativamente distinto al Sarre, por mucha más historia que tenga. Meter en estas cuestiones de praxis política ciertos fantasmas de la metafísica, como la raza, la nación o la comunidad histórica, no lleva más que a envenenamientos. Pero cierto catalanismo vive con el convencimiento de que cuanta más tensión anticatalanista, mejor para el nacionalismo. Pero, como demuestra precisamente la Diada, Cataluña es una mimesis de España, o sea, una comunidad-bonsái con las mismas tensiones plurinacionales que España, así que todo envenenamiento que se despierte en España se trasladará miméticamente a Cataluña, por lo que la aceleración de esas tensiones, o bien lleva a convertir aquello en Yugoslavia, o bien a producirle una fuerte rotura interna a la vasca, lo que no es un futuro precisamente pluscuamperfecto.

Pigmalión Villa

LUIS ARIAS ARGÜELLES-MERES



La cosa tiene bemoles. Ahora resulta que el señor Fernández Villa se autopropone persona competente para expedir títulos de experto en política.

A lo mejor influir en que Rodríguez-Vigil fuese el candidato a presidente autonómico es una irrefutable prueba de sabiduría. Quizá la florentina expresión con que se identifican muchos de sus hombres, lo de «cago en mi mantu», sea un santo y seña de erudición. Tal vez sus augurios sobre el futuro industrial de Asturias puedan explicarse a la luz de una singular sagacidad para los vaticinios que nosotros, pobres ignorantes, no sabemos

interpretar.

Pero seamos serios. Entendamos debidamente las cosas. Don José Angel aprendió con ese prodigio de clarividencia intelectual que es don Alfonso Guerra, a quien tanto debemos todos en el orden cultural. Sin las originales referencias del vicesecretario socialista, nunca hubiésemos sabido que Machado fue un gran poeta; ignoraríamos la calidad literaria de La Regenta y no habríamos descubierto jamás el talento musical de Mahler. La pena es que nos perdemos el disfrute de las obras maestras que el señor Guerra escribiría si no fuese por su abnegada y altruista dedicación a la política. Pero no

se puede tener todo.

Villa no necesitó, pues, robar el fuego a los dioses; le bastó con escuchar a Guerra para convertirse en el Hermes de la política asturiana, en el encargado de distribuir entre nosotros las trascendentes enseñanzas del arte-política.

Y los hay retorcidos, miren ustedes. Hace falta ser bellaco para decir por ahí que tal o cual profesor universitario le escribía los discursos a nuestro Pigmalión. No, señor, fue él quien adiestró a todos, también a esos niños universitarios, entre quienes hubo algunos desagradecidos con su excelso valedor que acabaron saliendo malparados.

Que quede claro: Villa no aprendió nada con los universitarios de su partido, sino todo lo contrario: fue su preceptor.

Sin embargo, no acabo de ver con nitidez quién ha sido capaz, al menos entre los socialistas, de aprovechar como es debido las enseñanzas del muy versado maestro.

Repasemos. No está entre ellos don Pedro de Silva, cuyos fundamentos de actuación se encuentran, a mi parecer, en los héroes del 98 aquejados por la apatía y por el mal de fin de siglo. Puede que algo haya aprendido Rodríguez-Vigil en sus refinadas formas políticas. Y Trevín no ha sido capaz de asi-

milar la delicada retórica del expendedor de «masters» del que venimos hablando. Le falta contundencia y fe ciega en alguien o en algo.

Por eso no es de extrañar que Villa se ausente tanto del Parlamento, al ver que, ni siquiera en su propio partido, saben aprovechar su infinita sabiduría.

Es mejor pellizcarse. Es preferible creer que el destape de Villa como el Pigmalión de la política asturiana sea el último espejismo del verano. Si don José Angel es en Asturias el paradigma de la sabiduría política, excuso decirles cuánto podrán saber los demás.

Espantoso asunto.